

## El rol de la mujer en *El buscador de finales* de Pablo de Santis

Mariela Tampakis  
UNLAM

Roland Barthes expresó en un cuestionario publicado por la revista *Practiques*<sup>83</sup> en 1975 que la literatura “es un código al que se pueden aproximar todos los saberes” y es, en sí misma, “el lugar del deseo”. En la Literatura infantil y juvenil los objetos de estudio son difíciles de delimitar y sólo resulta posible por medio de un “recorte necesariamente arbitrario”. La novela de Pablo De Santis, *El buscador de finales*, forma parte de ese corpus que comprende diversas perspectivas y análisis en constante discusión y movimiento.

Si seguimos en la línea de Barthes podemos decir que la mayor virtud de la literatura es su capacidad de encender la imaginación del lector, de despertar su fantasía, de sensibilizarlo y de hacerlo soñar. Ese sueño es único e individual, incapaz de ser evocado por otro, aun cuando lea la misma novela o el mismo cuento porque responde a sus necesidades e intereses del momento. Lo que ocurre con esta novela en particular es que el lector queda atrapado en su lectura apenas supera los primeros párrafos.

Cada texto trata de persuadir al lector contándole una historia. Desde este punto, una sensación muy especial es la que podemos sentir al terminar de leer la novela *El buscador de finales* por la originalidad del tema que desarrolla, la necesidad de encontrar “buscadores de ideas”, un extraño oficio, para terminar las historias de la editorial y por la forma en que aparecen retratados los personajes femeninos. El objetivo del presente trabajo es analizar las características que presenta el rol de la mujer en la novela de De Santis.

En esta obra el autor despliega una gran cantidad de personajes masculinos destacados, como Laurenz, Sanders, el señor Libra, Salerno y Míster Chan- Chan, entre otros tantos, y los pocos femeninos que se encuentran están aparentemente en contradicción. Todos los personajes femeninos son presentados por un narrador en

---

<sup>83</sup> *Practiques* n° 5, Febrero de 1975. Opiniones recogidas por André Petitjean. Tomado de Bombini G. (comp.) *Literatura y Educación* Buenos Aires, CEAL, 1992.

primera persona a través de descripciones mínimas bajo una perspectiva masculina como algo natural. No se definen por sí mismas sino por las valoraciones moralmente dominantes de los hombres. En la actualidad, muchos autores, consideran que la función social de la mujer ha cambiado, pero esta situación no aparece reflejada en *El buscador de finales*, donde se mantiene una visión del papel femenino que el pensador francés Jean- Jacques Rousseau en su libro *Emilio* (1982) bien describe:

Toda la educación de las mujeres debe girar en torno a los hombres. Gustarles, serles de utilidad, propiciar que las amen y honren, educarlos cuando son jóvenes, cuidarlos de mayores, aconsejarlos, consolarlos, hacer que la vida les resulte agradable y grata: tales son los deberes de las mujeres en todos los tiempos.

La trama de la novela está concentrada en Juan Brum, el personaje principal, quien como lector también se encuentra atravesado por ese “lugar del deseo” que es la literatura. Él es un estudiante adolescente al que le gustaban tanto las revistas de historietas que se presenta en la Editorial Libra para conocer al dibujante de Cormack, su personaje favorito, pero termina pidiendo trabajo porque le apasiona ese mundo y lo consigue. Su perfil personal nos indica características comunes a todos los adolescentes, a la adolescencia como tal. Juan comienza como cadete en la editorial, aunque quería ser dibujante. Él es quien entra en relación con los otros, es quien crea los lazos por medio de sus actos y va “creciendo” progresivamente. Su relación con cada una de las mujeres nombradas es fundamental para llegar al final de su recorrido.

Para comenzar, el primer personaje femenino que aparece es su madre y no sabía que él buscaba trabajo. El padre se había ido hacía muchos años, Juan “casi no lo recordaba” y ella “mantenía la casa con el sueldo que cobraba en El palacio de los botones”, un negocio “habitualmente lleno de señoras” (2008: 35). En ese lugar también trabaja la Sra. Haydée, una mujer ya mayor que no había tenido hijos, así que solo tenía a la madre del protagonista para “cuidar y regañar” (2008: 34).

En segundo lugar, otras dos mujeres que se mencionan en la historia son secretarías y sólo aparecen para darle una indicación, actividad propia de sus tareas, a Juan Brum. La primera trabaja en la editorial Libra, según el narrador era “una mujer sentada frente a un escritorio: estaba seria no por indiferencia sino con fuerza, como si encontrara felicidad en su amargura” (2008: 11). La otra se desempeña en la Agencia Últimas Ideas, el narrador simplemente expresa “me hizo pasar a una oficina” (2008: 52). Un rol semejante al de las secretarías es el que realiza la señora María Rosa Greco que, si bien es la dueña de la librería, “heredera de los mayores fabricantes de cuadernos de la ciudad”, la única acción que realiza es la de conducir a Sanders y a Juan hacia un comedor diario en el que se encontraba Salerno, el escritor que necesitaba un final. La descripción que el narrador nos ofrece es que ella “para recibir visitas se ponía vestidos cuya tela repetía el diseño arácnido de los cuadernos” (2008: 61). De esta forma podemos afirmar que estos personajes femeninos quedan

relegados en la historia a una posición totalmente pasiva en la que se busca permanentemente destacar a Juan Brum.

Por otra parte, nos encontramos con María Elena, la mujer “llevaba un pañuelo en la cabeza” (2008: 79) y atendía el poco frecuentado Hotel Las Nubes. Es la hermana mayor de Julio César Molinari, alias Míster Chan- Chan, el hombre que Juan Brum busca pero ella le dice que no sabe dónde está. Mientras los dos conversan lo interrumpe la sobrina, Alejandra. De esta forma se produce un cambio en el protagonista, que comienza a relacionarse con alguien más o menos de su edad; él decide que “ante la chica no podía mentir” (2008: 81) y le dice que buscaba al mejor de todos los buscadores de finales. El narrador coloca a la mujer mayor, a María Elena Molinari, en un papel doméstico, por ejemplo cuando termina la charla adopta una actitud “maternal” y lo manda a dormir o en otro momento cuando expresa que la encuentra en la cocina.

Similar es la conversación de Juan Brum con la vendedora de café de la Biblioteca Central; su encuentro con el protagonista era necesario por la información que podía proporcionarle para continuar con la búsqueda de un “buscador” retirado, Míster Chan- Chan. Juan llega a ella gracias a la recomendación de un mendigo, en realidad, un traficante de finales. Es, según el narrador, “una mujer de pelo blanco, que vestía un uniforme que hacía años, muchos años, le había provisto la desaparecida importadora de café Las Águilas” (2008: 91). Él le indica la contraseña “un café con SIETE cucharaditas de azúcar” y ella le cobra treinta pesos por los importantísimos datos.

En tercer lugar, nos encontramos con un personaje distinto, con la señora Paciencia Bonet, directora general de la empresa Agencia Últimas Ideas, quien consigue, a través del jefe de cadetes, que Juan fuera a verla. El narrador la describe como “una mujer que llevaba un alto peinado fijado con spray” (2008: 52). Su intención era que él abandone su empleo con Sanders, el encargado de los finales de la Editorial Libra y de Marcos Salerno, el autor “que escribía sus libros en cuadernos escolares” (2008: 60) para comenzar a trabajar con ella porque necesita otro procedimiento para conseguir los finales ya que su profundo y desarrollado método matemático había comenzado a fallar. No le pide que tome la decisión en el momento pero le aclara que su padre se había equivocado con los nombres poniéndoles a sus hijas: “Plata, Salud y Paciencia”, las tres cosas que consideraba que hacían falta en la vida, ya que la primera es pobre, la segunda vive enferma y ella es “muy impaciente” (2008: 57).

Según Ezequiel Ander Egg (1987), la visión de la condición femenina fue fijada en estereotipos, es decir, imágenes o ideas aceptadas comúnmente por un grupo o sociedad según las distintas épocas. En la literatura Clásica, el estereotipo fue caracterizado por su malicia, envidia y peligrosidad. Estas son precisamente las características de Paciencia Bonet. Esta mujer viuda se deshace de las cosas que no le sirven tirándolas por la ventana sin importarle la posibilidad de herir a alguien y lucha por conseguir lo que se propone a cualquier precio. Por ejemplo, se ocupa de mandar a robarle a Juan Brum la caja con el objeto que Sanders daría origen a un nuevo final.

La literatura infantil y juvenil toca todas las áreas esenciales del comportamiento humano de alguna forma y habitualmente nos presenta ejemplos de lucha entre el bien y el mal. En la novela *Paciencia* representa el mal, “no carece de atractivos” (Bettelheim, 1975: 16), ella trata de demostrarle al joven que ostenta el poder pero finalmente es “castigada” y por sus actitudes no puede lograr su objetivo, que Salerno elija uno de los tantos finales que ella propone. Lo que ocurre con *Paciencia* es que “el orgullo, el egoísmo y la sequedad de corazón le generan desdicha” (Rousseau, 1982: 132). Su actitud es hipócrita y profundamente desleal. También podemos agregar que ella es la única mujer en la novela que logró en el mundo del trabajo un puesto muy importante, la dirección de la empresa; el resto sólo tiene empleos típicos en los que no se les asignan tareas de gran responsabilidad.

Continuando con los estereotipos de Ander Egg podemos agregar una visión del universo femenino que se desarrolló durante el Renacimiento, el de la exaltación de las virtudes. Este modelo es el que caracteriza, por sus cualidades, a la madre de Juan, a la señora Haydée, a las dos secretarias, a la señora Greco, a la señora María Elena Molinari, a la vendedora de café y a la joven Alejandra. Todas con su presencia intentan civilizar el mundo masculino tratando de ser gratas, cumpliendo el rol que tienen asignado y haciendo que Juan Brum pueda continuar con sus acciones. Que algunas de ellas no presenten nombre nos lleva a reafirmar su simple rol de asistencia y apoyo al personaje principal. Esto se asemeja al Antiguo Testamento cuando Dios comprendió que el hombre necesitaba a “un ser semejante para que lo ayude”, y creó a Eva a partir de una costilla de Adán.

También podemos reconocer en la novela de Pablo de Santis que estas mujeres representan la perspectiva desarrollada por Simone de Beauvoir en su libro *El segundo sexo* (1999) donde expresa que el ser femenino se define por su subordinación al hombre. “La mujer”, o más exactamente lo que entendemos por mujer (coqueta, frívola, caprichosa, sumisa, obediente y cariñosa) es un producto cultural que se ha construido socialmente. “La mujer se ha definido a lo largo de la historia siempre respecto a algo: como madre, esposa, hija, hermana...” Esta es precisamente la situación de las mujeres de *El buscador de finales* que además son presentadas en relación a una determinada ausencia de hombres, el único que recibe su asistencia durante toda la historia es Juan y en su relación con cada una de ellas se manifiesta muy cordial, respetuoso y agradecido. Así se va trazando la figura del personaje, él está llevando a cabo acciones que lo llevan a un cambio radical en su destino. La madre es quien lo atiende, lo ayuda y trata de asistirlo continuamente ya que su padre los había dejado cuando era muy pequeño; *Paciencia Bonet* es viuda y *María Elena Molinari* vive sin su hermano, *Míster Chan* –Chan, al igual que *Alejandra*, la sobrina, que se encuentra sin su padre. Según Beauvoir (1999) “ser mujer no es esencia ni destino”, es, ante todo, una construcción cultural, histórica y social. La frase que resume esta teoría es muy célebre: “no se nace mujer, se llega a serlo”, esto significa que muchas de las características que presentan las mujeres no les vienen dadas desde su genética, sino de cómo han sido educadas y socializadas.

En último lugar, debemos destacar a la muchacha, a *Alejandra*. Según *Brenda*

Nashe (2000), es importante tener en cuenta que desde tiempos inmemoriales, los seres humanos dieron un significado a los fenómenos de la naturaleza y otorgaron a la Luna la imagen de una fuerza ligada a lo femenino, a la fertilidad y a la oscuridad. Es el arquetipo de la femineidad. Una de las razones por las que se la asoció a la mujer es por sus actitudes cambiantes y escondedoras. Alejandra, la hija de Míster Chan –Chan, puede ser analizada desde esta perspectiva ya que se asemejan a las fases de la Luna sus estados de ánimo: manifiesta amargura, aburrimiento, seriedad, duda, curiosidad, astucia, decisión y felicidad. El narrador la describe, en un primer momento, a partir de su voz: “una voz joven, pero grave y seria, la voz de alguien que nunca ha dejado los deberes sin hacer, nunca se fue a dormir sin cepillarse los dientes...” (2008: 80). Luego expresa que tenía un vestido azul muy almidonado “la muchacha más hermosa” que él hubiera visto y que “una sonrisa le hubiera venido de maravillas a aquella chica” (2008: 81). A partir de aquí, cada vez que la ve aclara cómo está vestida; su rol en la historia se construye primero por su imagen y, luego, por la palabra. Ella se encuentra preocupada por su padre e indefensa. Alejandra representa para él la posibilidad del amor... Justamente es Juan Brum quien decide que juntos pueden propiciar el reencuentro y hace que tanto María Elena como Alejandra, hermana e hija respectivamente, recuperen al hombre que las había dejado. Pero la joven todavía no puede brindarle una sonrisa porque no está acostumbrada y porque no le sale.

El último medio siglo ha introducido más cambios en la condición femenina que todos los milenios anteriores, según Gilles Lipovetsky (1999), liberadas de la servidumbre inmemorial que suponía la procreación, entregadas al libre ejercicio de una actividad profesional, así como de su libertad sexual, las mujeres pudieron abrir brechas en los dominios masculinos. Cabría atribuir esta emancipación a los efectos de la lógica de las sociedades posmodernas que Lipovetsky ha definido “el proceso de personalización”. Este autor mediante la observación de los individuos en ámbitos tan diversos como el amor, la seducción, la belleza física y la relación con la familia y el poder reencuentra un elemento capital que subsiste en su alteridad: la mujer. Si bien las sociedades posmodernas se esfuerzan por reducir las oposiciones de género, lo cierto es que no preparan su confluencia. Lejos de obrar una ruptura absoluta con el pasado histórico, la dinámica democrática, insuficiente, lo recicla sin cesar. En *El buscador de finales* se observan claramente estas ideas donde la mujer no se encuentra reconocida como sujeto igualitario y autónomo pero sus roles son reconocidos socialmente: poder de formar a los hijos, de educar y asistir lo masculino y regular comportamientos y costumbres. Por ejemplo, Juan Brum recibe permanentemente la asistencia de su madre que se esfuerza, está en todos los detalles y se siente en extremo responsable de complacerlo y aconsejarlo: “Mi madre me despertó al día siguiente con el uniforme ya remendado. Lo dejó, lavado y planchado, sobre la silla de mi cuarto”.

Juan Brum, con la ayuda y el apoyo, en distinta medida, de todos los personajes logra superar todos los obstáculos y, como aquel héroe que culmina su recorrido, se convierte en un verdadero “buscador de finales” al proponer la idea más conveniente

para el señor Salerno, el escritor de novelas que siempre había utilizado los finales de Sanders. El protagonista sufre un cambio radical en su destino. Es en este punto que también consigue “algo tan inesperado como una gota de tinta que se estrella contra el papel” (2008: 151), la sonrisa de Alejandra.

Como dijimos en el inicio de nuestra presentación, la literatura es “el lugar del deseo” y Juan cumple con el suyo. De este modo, la literatura ayuda a desarrollar la capacidad para enjuiciar las actitudes de los personajes frente a una situación de conflicto y a relacionar dichas actitudes con sus propias experiencias y valores. Con ella puede aprender a evaluar situaciones, a valorar comportamientos y a predecir consecuencias. Durante principios del siglo XX, si bien se valora a la mujer en su papel doméstico, tampoco se la considera como un ser igual y autónomo. La frase “detrás de un hombre hay siempre una gran mujer” es muy significativa: se concibe, entonces, la posibilidad de la existencia de una gran mujer, la madre o Alejandra, pero detrás del hombre, Juan Brum. Así se deja establecido que la asimetría fue siempre signo de los tiempos. El patrón de medida que encontramos en la novela es, con persistencia, masculino.

## **Bibliografía**

- Ander Egg, Ezequiel (1987). *La mujer irrumpe en la historia*, Buenos Aires, ICSA.
- Barthes, Roland (1975). “Literatura/enseñanza. *Pratiques* n° 5, Febrero de 1975. Opiniones recogidas por André Petitjean. Tomado de Bombini G. (comp.) *Literatura y Educación* Buenos Aires, CEAL, 1992.
- Bettelheim, Bruno (1975). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Barcelona, Crítica.
- De Beauvoir, Simone (1999). *El segundo sexo*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- De Santis, P. (2008) *El buscador de finales*, Buenos Aires, Alfaguara.
- Lipovetsky, Gilles (1999). *La tercera mujer. El rol social de la mujer a través del tiempo*, Barcelona, Anagrama.
- Nashe, Brenda (2000). *La mujer y la Luna: La poderosa influencia de la Luna en su vida*, Buenos Aires, La Grulla Grupo Editor.
- Rousseau, Jean- Jacques (1982). *Emilio*. Madrid, EDAF.
- Sagrada Biblia*, Génesis.